

COMENTARIO

Problemas donostiarras

I. Ya hay agua abundante en San Sebastián

Por Francisco CASARES

Bien sabido es—y no de ahora precisamente—que San Sebastián toma en verano la investidura de capital efectiva del Estado. Durante todo el año ostenta otro rango: el de anteaño de España para los que a ella llegan de otras partes. Las dos peculiaridades hacen de la bella ciudad cantábrica una de las esenciales piezas del engranaje vital de la vida de la nación. Significa ello prerrogativa y jerarquía. También implica deberes, que ni pueden desconocer ni sería admisible que se atetargaran.

Todas las urbes tienen sus problemas. Es imposible llegar a la perfección. Pero es también inexcusable no regatear esfuerzo en el empeño y la ilusión de alcanzarla. Desde mucho tiempo atrás sufría la ciudad donostiarra—achaque y pesadilla—un considerable conflicto: la falta de agua. Llegaban cada año los que eligen a San Sebastián como ambiente ideal de su vacaciones veraniegas. Disfrutaban de los encantos de una de las poblaciones más acogedoras, mejor dotadas en todos los aspectos, en los que Dios quiso para ella y en los que fueron añadiendo la mano, el celo y la inteligencia de sus regidores. Todo ese conjunto de singularidades atractivas servía para decidir una fidelidad que superaba los inconvenientes. Sin embargo, el de la escasez de agua seguía siendo grave. Arduo y nada fácil ha sido el empeño de dar solución al problema. Diversos alcaldes y sucesivos concejos se enfrentaron con él. La creciente afluencia de visitantes y turistas lo agravaba. Pues bien: se ha vencido. Ya hay agua en San Sebastián. Ya no se sufrirá el suplicio de que los ríos de los pisos altos de la ciudad permanezcan inactivos o dejen salir un tímido chorrito. Ha llegado la ansiada normalidad. Una de las cuestiones primordiales, que no empujaban pero eran positiva debilitación para el fervor forasteño—especialmente en verano—ha quedado superada de modo satisfactorio y definitivo.

El alcalde actual de la capital de Guipúzcoa, don Antonio María Vega de Seoane, ilustre ingeniero, se percató de la importancia de éste, entre otros aspectos esenciales, y tuvo la decisión, desde el primer instante de su regiduría, de afrontar la empresa de un cambio radical en la situación que encontraba. No quiere ello decir que sus antecesores hubiesen descuidado atención tan preferente de tan señalado acuífero. Con lealtad económica, cuando el alcalde dió hace poco la noticia de que las obras habían terminado y que éste año habría agua abundante en San Sebastián, aludió a los esfuerzos y afanes de quienes le precedieron. Hacía falta, empero, dar el último empujón, poner término a la impropia tarea. Y así lo ha

Información semanal automovilista

Recordamos a los veraneantes que vengán tarde que el día 10 de octubre vence el plazo para renovar los carnets de conducir. Para cualquier información relacionada con el automóvil, ofrezcamos nuestra organización. La última matrícula, M-254.598. Esta noche, de diez a once, amplia información sobre automóviles por las antenas de Radio España. Nuestra firma garantiza un servicio.

GESTORIA TOLEDO Sagasta, 17 MADRID Teléfonos 51222, 5 573333, 5 57444

Artículos para fiestas y cotillón. Adornos de salones Vicente Rico, S. A. Concepción Jerónima, 29 MADRID PAPELERIA - IMPRENTA Objetos de escritorio

RESTAURANTE LA PRENSA ofrece a su distinguida clientela y amigos dentro de su selecta cocina su especialidad gastronómica: Jamoncillos de pollo al Curry Zorrueta de mariscos Típico cocido madrileño los lunes CONCEPCION ARENAL, 6 (frente a las cines "Palacio de la Música y Avenida") Teléfonos 320175 y 210796

SE VENDEN LOCAL PANADERIA - LOCAL FARMACIA LOCAL BAR - LOCAL CARNICERIA en poblado de 250 viviendas ONIX, Diego de León, 25. Teléfono 256016

- ◆ La señorita rubia en el cementerio...
◆ Cuarenta mil docenas de lilas...
◆ Un castillo alquilado a los campesinos...

Un pueblo madrileño donde la gente se muere a los cien años

La mayor parte de las flores que se consumen en la capital se cosechan en Villaviciosa de Odón

En el mercado de Legazpi son famosos los repollos y las lombardas de allí. Quinientos madrileños veranean todos los años a la sombra del castillo



Compuesta y peinada, como una moza, la anciana Josefa, que va a cumplir cien años, cose tranquilamente, rodeada de amigos. A su derecha, Angel Suárez, de noventa y dos años; a su izquierda, Juan José Festa, de ochenta y ocho. El alcalde y Gertrudis, hija de Josefa, se suman a la charla. (Foto Portillo.)

El sábado por la tarde, cerca ya del oscurecer, un automóvil negro, con matrícula de Madrid, que había salido pocos minutos antes de la capital, alcanzaba rápidamente las primeras casitas de Villaviciosa de Odón, a la orilla derecha de la carretera, y se dirigía, como un relámpago, hacia las afueras del pueblo. Cuando llegó a la altura del cementerio de San Gabriel, cuyos cipreses, llenos de pájaros, asomaban por encima de las tapias del automóvil se detuvo. Entonces bajó del coche una señorita, se acercó al cementerio, empujó la puerta, que estaba cerrada, y se quedó un momento junto a ella, con la cabeza argüida, un gesto de contrariedad en el rostro y las manos apoyadas en las caderas. —¿Qué le vamos a hacer!—suspiró la muchacha—. Otra vez será. Se acomodó en seguida, mientras el coche se ponía en marcha, en el asiento delantero, al lado del chófer. Era una joven rubia y pecosa de mirada nostálgica y lejana. El chófer, uniformado, la miró sonriente. —¿Damos la vuelta, señorita? —Pedírmelo permiso al señor cura para que nos deje visitar el cementerio todos los días—respondió la chica—. Es algo impresionante. ¿Usted no lo conoce? —No lo conozco, señorita. —Pues no creo que podamos encontrarnos jamás con un cementerio para viejos, casi para centenarios, como deberían ser, en fin de cuentas, todos los cementerios del mundo. Por la carretera de Gredos, en busca de la carretera de Extremadura, siete kilómetros más adelante, se resabía de prisa, con la muchacha rubia en el asiento delantero, el automóvil negro, elegante y veloz, que terminaba de pasar por Villaviciosa.

Nadie sabe quién es Algunos labriegos, desde las eras, envueltas en el polvo dorado del crepúsculo, se quedaron mirando las acacias que bordean la carretera, frescas e intermitentes, a lo largo de la carretera. —Nadie sabe quién es—comentaron un par de vecinos, mientras prendían el cigarrillo. —Debe tener mucho dinero. Viene cada semana, recorre el cementerio, saca fotografías de las tumbas, y se va. —Dicen que lo quiere comprar. —¡Bah! Que le guste San Gabriel. Acaso le interesa, para escribir. A mí se me antoja que debe ser novellista. Los campesinos de Villaviciosa, gentes honestas, de buenos hábitos y pentas digestiones, no han logrado saber, por el momento, la causa de los frecuentes viajes de la joven desconocida. ¿Una loca? ¿Un intelectual que necesita datos para su obra de erudición? ¿Una poeta? Supongo que después de leer este reportaje, confeccionado por las calles de Villaviciosa de Odón, la señorita rubia y desconocida, si no le importa mucho, dejará traslucir su identidad. Pero yo conozco el motivo de sus paseos al cementerio de San Gabriel. Allí flota la muerte, sobre las flores de una manera grata y comprensible. Allí están los difuntos de Villaviciosa los que se fueron a terminar su vida de trabajo, por los trigales y las sembradas, cuando llegó la hora de partir. La última hora de los vecinos del pueblo, grabada sobre el mármol de las lápidas se produce muy tarde, como debiera producirse siempre, a los ochenta y a los noventa y a los cien años. En Villaviciosa no se mueren los niños, ni los jóvenes, ni los novios.

Viejos por todas partes ¿Qué sucede en Villaviciosa de Odón para que la gente se muera tan vieja? Podría, si quisiera, desvelarles el secreto nuestro querido amigo el doctor Blanco Soler. ¿Ha visitado Blanco Soler el cementerio de Villaviciosa? Los cementerios, generalmente, nos llenan de tristeza. Aquí, por el contrario, nos inundamos de alegría. Tendremos que trasladarnos a la sombra del castillo, junto al pinar, tendremos que marchar a Villaviciosa. Voy con el alcalde, don Manuel Filio Martín, por las calles del pueblo. Don Manuel lleva gafas oscuras, la piel quemada por el sol, una camisa blanca, sin corbata, y cincuenta y siete años en las espaldas. —Cincuenta y siete años, como usted comprenderá—sonrió el alcalde—. ni siquiera se tienen en cuenta por este lugar. Hasta que vengan los noventa, ni caso. Don Manuel es el dueño de la línea de autobuses Filio que salen de la Puerta de Toledo. Su padre condujo diligencias a través de los caminos, a últimos del siglo pasado, de Villaviciosa hasta Madrid. Don Manuel, a los doce años, a caballo en el pescante, bajo la mirada del padre, cubría ya la misma ruta dirigiendo coches de mulas. Naturalmente, la línea de autobuses Filio se mantiene en vigencia, heredera de las antiguas postas y coches de mulas y caballos con absoluta prioridad de derechos. Hace calor. Pasan los carros cargados de paja. Huele a verano, a melancolía maduros. Docenas de viejos, a la puerta de sus casas, hablan, discuten, ojean los periódicos y meriendan. —¿Cuántos años tiene?—pregunta el alcalde a una abuelita con el pelo negro todavía, recocido en la nuca en forma de moño. —Noventa y cinco... ¡y los que pienso cumplir! Como un trozo de pan untado con tocino. Se ríe. Le asoman los dientes por debajo de los labios. —¿Y usted? —Ochenta y cuatro. Acabo de llegar de la era. Aún soy capaz de mover un saco de trigo. Es un anciano robusto, con los brazos opulentos y nervudos. Gente pobre Cuando saludamos a Josefa Manuel Asenjo, que va a celebrar el siglo el día de su santo, el próximo 19 de marzo, nos encontramos con que termina de componer un toquillo para su hija Gertrudis, en casa esa vieja. —No quiero que pase frío en el invierno. Aquí hace mucho frío. ¿Sabe usted? Mucho frío—la cetera, sorda y charlatana, despierta la simpatía de todo el mundo. —Aquí, al invierno, como no sea con la jarra y el chorizo, mala cosa. —Asegura el alcalde que van a celebrar una fiesta el día del centenario. Una fiesta con abundante comida y postres y licores. Ella, que no tiene un pelo de tonta, suspira: —¿Sabe usted si podríamos conseguir algún premio a la vejez, algún premio de esos que se dan a las ancianitas simpáticas que pueden bailar una jota a los cien años y coser, y bordar, y comerciar con un conejo con arroz? —Como la sepa el marqués de la Valdevia—le dije—, ya verá si logramos unas pesetas para que se compre un abrigo, y una bata, y una buena merienda; ya verá... Villaviciosa de Odón, tan cerca

de Madrid, lugar de veraneo y descanso, lugar que sienta bien, por otra parte, a los enfermos de corazón, a los niños y a las personas cansadas, se cubre de fango durante el invierno; se torna polvoriento e incómodo con las volteretas del verano. La única calle empedrada, la de Niñez Arenas, parece una extraña junta a las otras, de barro, agujereadas, que soportan sus carros con paciencia y humildad. Necesita un depósito de aguas, que son ricas y casi a ras de la superficie, en el mismo lugar de donde saliera el fango magnífico del Parque Forestal. Necesita ampliar el alcantarillado. Necesita que el marqués de la Valdevia se interese por este pueblo, a la salida de Madrid, ideal para familias que no pueden afejar demasiado de la capital por sus negocios u otras necesidades apremiantes.

En la plaza de Pachelo, al final del pueblo, junto a la casa del jardiner que surte de flores a la mayoría de las tiendas de nuestra capital, dedicadas a la venta de dalias, crisantemos, lilas y rosas, un grupo de veraneantes hacen fotografías de la fuente. En Villaviciosa, e existen fuentes, con abrevadero casi todas ellas y sin demasiados adornos decorativos. Son las fuentes de pueblo, sencillas, rodeadas de chicos, avispas y gorriónes que se chapuzan en el agua. Los veraneantes han alquilado casas y pajar por ellas desde 1500 pesetas al mes hasta 10.000 la temporada, los que son ricos, naturalmente. Cerca de quinientas personas veranean todos los años en Villaviciosa de Odón. En Villaviciosa amigos—comenta el alcalde—se mantienen divididos en dos clases o castas, si vaie la palabra. Los unos viven aparte en sus magníficos palacios o fincas de recreo; los otros andan por el pueblo, gente de negro, el que sea, y despiertan una gran alegría entre los vecinos. Los primeros, los que viven aparte, no se mezclan jamás con los segundos ni con la gente del pueblo. Celebran sus fiestas sus señalones entre ellos, vanos, orgullosos, y se olvidan de la gente de Madrid. No se hablan con los demás. Forman en sus viviendas, en sus fragantes jardines, en sus castillos de marfil una especie de "polis" ateniense, el cogollo insabordable de Villaviciosa, el muro de contención. Abajo, el ruidoso riado democrático, el veraneante corriente y moliente, gasta su dinero en los cafés y las tabernas... Un jardinero desconocido Lo primero que llama la atención cuando se llega a Villaviciosa son las tabernas. Por cualquier parte se encuentra una taberna. Cuando se va a sacar el billete a la Puerta de Toledo, en el número 127 de la calle de Toledo, se encuentra un despacho provinciano, con unos ventanales de contención, pared, sus bancos de madera alrededor llenos de paquetes de muchachas de servicio vestidas con delanteros blancos. Una imagina que lo van a llevar a cualquier ciudad de Castilla y espera, junto a sandías y melones,

bolsas de la compra repletas de cartuchos de arroz y señores con traje de domingo, a que aparezca el flamante autobús, que recurre a un autobús de turistas para un recorrido a los museos de Madrid. Entonces viene Emilio Hernández, el conductor, que realiza por lo menos cinco viajes diarios, de ida y vuelta—200 kilómetros—y nos anima, que vamos a tardar media hora... Pasamos la Casa de Campo, los grandes bloques cuarteles de Cuatro Vientos, las modernas colonias que surgen en la cuneta de la carretera de Extremadura y llegamos a la gasolinera en el kilómetro 13. Allí tomemos a la derecha, por la ruta de Gredos, hacia San Martín de Valdeiglesias. A la media hora estamos en Villaviciosa. El veraneante ingeniero suele preguntar en seguida: —¿Se puede visitar el castillo? —Se puede, pero ¿para qué? Y es que el famoso castillo de Villaviciosa, ese castillo que tanto ha sido retratado en los periódicos, tiene alquiladas diversas dependencias a varios campesinos. Y los campesinos meten allí el ganado, encierran la paja y matan las pulgas como Dios les da a entender. Poniéndolas en la uña del dedo pulgar de la mano izquierda y aplasándolas con la uña del dedo pulgar de la mano derecha. Villaviciosa de Odón conserva un bello pinar en las cercanías de ese castillo. Y tiene nada menos que doce piscinas particulares y una más en el camino de Mostoles, que se llama Goyana y es pública. La panorámica que se descubre al entrar ofrece un verde cuadro de fincas, huertas y jardines. Los jardines son grandes, cubiertos de flores y con un ligero aspecto florentino, fragantes y prohibidos. Pocos madrileños sabrán que Villaviciosa exporta flores en grandes cantidades. José Montero Rodríguez, llamado "el Granero", es un jardinero importante. Detrás de sus ojos inquietos y negros se adivina una inteligencia privilegiada. —Yo no leo libros de floricultura. Mi padre me enseñó a cuidar plantas y las flores, y por eso las entiendo y las amo. José Montero envía a Madrid 40.000 docenas de lilas, otras tan-



El alcalde de Villaviciosa, don Manuel Filio, se retrata delante del castillo. (Foto Portillo.)

tas de dalias, 30.000 docenas de hortensias, 10.000 de rosas y 15.000 de gladiolos. Repollos y lombardas Tampoco en el mercado de Legazpi, en el mes de diciembre, cambiarían los repollos y las lombardas de Villaviciosa por otros de ninguna parte. Catorce camiones diarios salen de allí con destino a la capital, cargados de repollos y lombardas. Según me aseguran, son exquisitos. Esto es el único que exporta Villaviciosa de Odón: repollos, lombardas y flores. Bajo el cielo caliente del verano, parece mentira que la tierra, con el amarillo de los rastrojos, produzca esas maravillas. Pero es verdad. Me lo contaban los vecinos al amparo de una jarra llena de vino. El vino es negro, pelean, y lo mandan de Navacerrada. Las puertas de las tabernas son de las que llamaban de paillos, de cortinas de paillos. Se descorren y tintinean. Pero en Villaviciosa las hacen con una cuerda y tapas de botellas de cerveza, apretadas con unos alicates. Son muy curiosos por otros de

El pueblo se queda, mientras regreso, limitado por una inmensa nube de ladrillos y freusera. Es la hora de la anochecida. El viento mueve las copas de los pinos. En la plaza de la Constitución, delante de la confortable residencia de señoritas que posee allí el Opus Dei, hay cinco. Los hermanos Segura, de Madrid, que viven en la calle de Eduardo Urosa, cerca del Hospital Militar de Carabanchel, se dedican a pasar su espectáculo por los pueblos de veraneo, que se extienden por los alrededores de la capital. Ellos pertenecen a un famoso circo que se deshizo. Ahora presentan sus exhibiciones en las plazas de los pueblos. La gente lleva las sillas y los taburetes. El espectáculo abre los ojos de los campesinos y los aplausos de las mujeres y los niños. Villaviciosa, cortada por millones de estrellas, va apagando las luces poco a poco. Son las doce de la noche. José GÓMEZ FIGUEROA



—¿No las conoces? Una es negra, la otra viene de veraneo y la tercera está negra por no poder ir de veraneo.

NUEVO EXITO INTERNACIONAL WARSAGE (Bélgica) 24 HORAS MOTOCICLISTAS

PUNTUABLES PARA LA COPA DE EUROPA DE RESISTENCIA 30 y 31 de julio de 1960 Clase 125 c. c.

- PRIMERO Werring - Arenas, sobre BRIO 110
SEGUNDO E. Sirera-J. Sirera, sobre BRIO 110
CUARTO Millet - Regas, sobre BRIO 110

CLASIFICACION "INDICE PERFORMANCE" (Mejor rendimiento) PRIMERO MONTESA COPA CONSTRUCTORES (Mejor clasificación absoluta de marcas) PRIMERO MONTESA (Sujeto a confirmación oficial)

PISOS SITIO INMEJORABLE Tres y cuatro habitaciones, servicios, calefacción central, dos ascensores. Casa tres fachadas. Magnífica construcción, en MODESTO LAFUENTE, 58 Entrada, desde 95.200 pesetas. Resto, 5 y 80 años HERSAU - CARRETAS, 14

TODA CLASE DE MATERIAL Y TRABAJOS FOTOGRAFICOS EN BLANCO Y NEGRO Y COLOR Estudio y Laboratorios: PLAZA DEL ANGEL, núm. 17

Señores comerciantes e industriales, vendedores de automóviles, motos y maquinaria: COMPRAMOS los contratos de ventas a plazos que formalizan y las letras de cambio que los integren. CONDICIONES absolutamente MINIMAS para favorecer mayor producción. Consúntenos S. E. Comercio y Crédito, S. A. MESONERO ROMANOS, 2. - Teléfonos 31 14 83 y 31 14 34